





Independencia. 200 años

Boletín de la BCN

130

Comercio, aventureros itinerantes e historia natural en las Provincias del Plata alrededor de 1816

Irina Podgorny

El 13 de febrero de 1818, Aimé Bonpland (1773-1858), el botánico de París, el jardinero de Josefina, el compañero de Alexander von Humboldt en sus viajes por las regiones equinocciales escribía, desde Buenos Aires, una larga misiva al presbítero oriental Dámaso Larrañaga (1771-1848) quien, en marzo de 1816, había sido nombrado director de la Biblioteca Pública de Montevideo. Esta iniciativa, apoyada por el gobierno local, se inauguraba el 26 de mayo de ese año con la colección particular del extinto sacerdote Juan José Ortiz y el aporte de la librería franciscana de esta ciudad. Larrañaga, por su parte, ya había colaborado en el establecimiento de la Biblioteca de Buenos Aires, creada en 1810 gracias al impulso de Mariano Moreno y de varios sacerdotes-bibliotecarios de ambas orillas del Plata.

Bonpland se presentaba: llegaba a él gracias a los oficios y referencias de sus colegas, los sacerdotes Saturnino Seguro (1776-1854) y Bartolomé Doroteo Muñoz (?-1831) también ligados a las nuevas bibliotecas, esos centros que empezaban a concentrar las colecciones de distintas órdenes religiosas y las acumuladas durante años en los estudios de algunos de sus miembros:

Monsieur le Docteur

Hace muchos años que tengo el honor de conocerlo de fama y mi deseo de conocerlo personalmente aumenta cada día [...] Postergaré mi viaje a Montevideo [...] a pesar del deseo inmenso que tengo de conversar con Ud. y de echar una ojeada en sus hermosas colecciones de plantas, de insectos, de minerales, etc. Estoy muy al corriente de todos sus hermosos trabajos y de su notable afán por las ciencias por el señor Seguro y por don Bartolo Muñoz.

Desde mi llegada recogí algunas plantas; este país, Ud. lo sabe, o por lo menos los alrededores de la ciudad, son pobres comparativamente con los de Río [...]

Ud. señor, que está alejado de la ciudad, Ud. que visitó el Paraná, el Uruguay y sus islas debe haber hecho allá cosechas abundantes y que le ofrecen cosas nuevas. ¡Ah, si yo pudiera admirar todos los tesoros que Ud. ha recogido y verlos publicados, a fin de que toda Europa haga justicia a sus méritos y a los esfuerzos que Ud. ha hecho por una ciencia tan amable y tan cultivada por todas las clases de la sociedad!" (Escritos de Larrañaga, tomo 3, pp. 258-9).

Montevideo se encontraba desde 1817 bajo dominio lusitano y Larrañaga, en efecto, había pasado casi todo ese año en la corte de Río de Janeiro como diputado ante la Corte portuguesa, regresando del Brasil el 5 de enero de 1818. La carta de Bonpland lo alcanzó poco después, cuando la biblioteca pública había dejado de funcionar como estaba previsto. Bonpland, en aquella carta, no solo alababa la obra del clérigo naturalista: demostraba que las novedades cruzaban el Río de la Plata a través de rumores entre curas y jardineros, y lo empujaba a que esas conversaciones tomaran la forma de letra impresa y cruzaran el Atlántico en dirección a Europa. Bonpland, antes de despedirse, iba al grano y le hablaba de los negocios posibles ligados a estos intereses, es decir, la compra y venta de libros necesarios para el quehacer del estudioso:

Al partir de Europa, creí conveniente [...] traer un buen número de libros de Historia Natural. He colocado algunos de ellos en la biblioteca de este país, pero me quedan todavía. Aunque yo creo que con su viaje al Brasil su biblioteca particular habrá aumentado mucho y la de su ciudad también, le envío la lista que le será remitida por el señor Cavallon. En el caso de que Ud. determinara quedarse con algunas obras, le prevengo que la mayor parte de ellas podrán sufrir una reducción, es decir, las que sean para Ud. o la biblioteca. Debo prevenirle también que espero una respuesta de Chile a donde envié una lista muy considerable de las obras que me quedaban para vender y le ruego por consiguiente que dé lo más pronto posible una respuesta al Sr. Cavallon o a mí mismo sobre la elección que Ud. pudiera hacer.

Le pido perdón, señor, de hablarle en mi primera carta de comercio e Historia natural, pero espero que Ud. me disculpará en razón del motivo (ibídem, p. 259).

Estas tribulaciones hablan, asimismo, de la dimensión concreta de las prácticas de la ciencias y de las redes sociales que la sostienen: las cartas y las semillas que cruzan, para arriba y para abajo, océanos y ríos, los chismes que unos se cuentan sobre otros, las ilusiones que la política fomenta y destierra, y, finalmente, los intercambios, las transacciones comerciales necesarias para que el mundo parezca menos inasible. Como dice Harold Cook (2005), el mundo y la historia natural se constituyeron como materia de intercambio, mediada por el dinero. Bonpland, consciente de ello, garabateaba una disculpa más retórica que necesaria. Bien sabía que, sin comercio de libros, sin tráfico de especímenes, sin canje de información, el conocimiento del mundo se hubiese paralizado.

Este trabajo sobre la ciencia y el saber en el Río de la Plata alrededor de 1816 trata de ese mundo de rumores, transacciones, hombres –ni pequeños ni grandes– pero más o menos itinerantes que vivieron en ese presente inestable, con un pasado todavía inexistente y un futuro que reconocen incontrolable. Ni optimista ni pesimista, quiere mostrar las facetas de estos empresarios de la supervivencia en América. Para ello, las páginas que siguen, recopilan algunos episodios de las vidas de quienes, alrededor de 1816, se dedicaron a traficar palabras y cosas y se refiere a la decisión de sobrevivir en un universo que, aunque les marca los pasos y –día a día– los descoloca, no les impide negociar los modos

para leer todo lo que pase entre sus manos y, así, formar parte de la “materia de intercambio”.

Antes de empezar recordemos que, más allá de las gestas locales, las guerras y acontecimientos políticos del Atlántico Norte de la década de 1810 expulsaron o movilizaron un número aún no determinado de médicos, corsarios, naturalistas, aventureros y oficiales europeos y norteamericanos, hacia las provincias del Río de la Plata, nuevo nodo del interés de los comerciantes estadounidenses, británicos, franceses y sardos. Así, mientras en 1810 en Buenos Aires había 66 comerciantes británicos, doce años después ese número había escalado a 3500, distribuido en varias ciudades pero con base en los puertos rioplatenses. Como resultado, la clase mercantil española perdió el control absoluto del comercio local. Sumado a ello, con la burocracia colonial desmantelada, sin cuerpos técnicos a disposición, pareció necesario rearmar una nueva clase de funcionarios o técnicos recurriendo a la contratación de personajes que estaban de paso por estas regiones, expulsados por la historia del Norte, y, supuestamente, en posesión del saber necesario para la administración del país que debería armarse con ellos, como Bonpland, dispuesto a dejar Europa definitivamente, atraído por las ventajas que la nueva nación ofrecería; o como Larrañaga, formado en las instituciones coloniales, cultivado en la sensibilidad de las reformas borbónicas y de la historia natural de los inicios del siglo XIX, deseoso de unir su nombre a la gloria de la descripción de la naturaleza de estas regiones aún poco conocidas por la falta de interés que las llanuras despertaban. Para ello, supieron aprovecharse de las casas mercantiles que empezaron a instalarse en la zona y cuyos barcos, además de productos del país y bienes de importación, transportaron libros y animales empajados, cueros, pieles y papeles sacados de los archivos coloniales. Sacerdotes, médicos, e ingenieros –verdaderos o falsos– respondieron a los pedidos de los gobiernos y trataron de ofrecer sus conocimientos a las nuevas naciones. Por motivos personales, servicio al Creador o amor al real servicio, invirtieron su tiempo y sus propios recursos en la compra de libros, instrumentos científicos y todo aquello que necesitaran para llevar adelante tal tarea y llegar, más o menos airoso, al día de su muerte.

EL JARDINERO DE LA EMPERATRIZ Y LOS CURAS DEL PLATA

Bonpland había llegado a las provincias del Plata a principios de 1817 atraído por la promesa del gobierno de Buenos Aires de nombrarlo profesor de Historia Natural, una posibilidad que le hubiera brindado la tranquilidad necesaria para dedicarse a sus plantas y a sus negocios. Soñaba con recuperar la estabilidad perdida en una Francia conmocionada por la derrota de Napoleón y la Restauración de los Borbones. Estos dos acontecimientos de enormes consecuencias históricas –sumados la muerte de la emperatriz en 1814– lo habían dejado sin el trabajo obtenido gracias a la pasión de Josefina por las plantas, los animales y los hombres, ese dominio que, según las enseñanzas de Linneo, también formaba parte

de la historia natural. Intendente de los dominios de Malmaison a partir de 1808 y, desde 1810, del Castillo de Navarre (Normandía), Bonpland se había encargado de la descripción y aclimatación de las plantas de los jardines de ambas residencias, entre ellos un bonito cactus, un espécimen de *C. speciosus* originario de la América meridional y que Humboldt y Bonpland habían observado en abril de 1801 en Turbaco, cerca de Cartagena, a 360 metros de altura y que, desde 1811, gracias a las semillas despachadas hacia Francia, florecía entre las otrora famosas rosas de Josefina.

Bonpland trajo a Buenos Aires no solo su experiencia como aclimatador botánico: en 1816 se embarcaba con una colección de plantas europeas para los jardines de los ricos de Buenos Aires o para las chacras de los alrededores. En una ciudad con muchos ex contrabandistas, en la capital de un virreinato que apenas tuvo tiempo de ser fundado, con una nueva clase de comerciantes y militares haciendo carrera en la revolución y en la guerra, seguramente habría algún caballero o señora de gustos imperiales con el deseo de criar plantas para su consumo. Los negocios, combinados con el empleo estable, harían el resto. Sin embargo, no había contado con el estado político del nuevo país, tan desgraciado como el del otro lado del mar. Seguramente nunca imaginó que sus proyectos se verían contrariados antes de descender del barco: el gobierno que lo había llamado, había dejado de existir. La historia, irrumpía en su vida para arrasar con la paz de los jardines y los viveros, de los museos y las bibliotecas. Y ello a pesar de las promesas del Nuevo Mundo de carecer de los condicionantes que la Nueva Ciencia empezaba a estudiar. Sin demasiadas esperanzas, Bonpland le preguntaba a Larrañaga ¿Cómo se vislumbraba el porvenir en Montevideo? ¿Cuándo llegaría el día, en el cual ambos pudieran entregarse, sin tropiezos, a sus ocupaciones predilectas, el estudio de la Historia Natural?

Larrañaga, por su parte, un revolucionario de nueva cepa, un devoto mensajero ante la corte portuguesa, era hijo de una familia de origen vasco que, gracias a los vínculos políticos logrados por el matrimonio de sus hermanas, prosperaría entre los comerciantes del otro lado del Río de la Plata. Como muchos otros clérigos rioplatenses, viajó acompañando a los ejércitos, realizó misiones políticas, tuvo acceso privilegiado a los archivos y bibliotecas coloniales, a la feligresía y a los párrocos y comerciantes que trataban con la campaña para conseguir, a través de ellos, objetos y cosas que ampliaban sus observaciones mucho más allá de sus paseos y de lo que estaba al alcance de sus ojos.

El clero secular, en efecto, se destacaba por su erudición en historia natural y más de un viajero por la América española anotó este rasgo en sus memorias. Saturnino Segurola, Larrañaga y Muñoz sobresalían como ávidos lectores y mejores clientes de los impresos que, a través de diversos agentes, llegaban desde Europa y Río de Janeiro, sede de la corte portuguesa y de un gabinete de historia natural. La avidez era tal que los viajeros europeos, como Bonpland, completaban con ellos sus equipajes, seguros de poder colocarlos a buen precio. Coleccionistas de manuscritos, aparatos e instrumentos de observaciones meteorológicas,

plantas, petrificaciones y animales, los clérigos intercambiaban datos, papeles y dibujos.

Estos tres religiosos compartieron el compromiso revolucionario con sus emprendimientos naturalistas, la promoción de la vacuna y el bien común. Segurola y Larrañaga estarían a cargo de las bibliotecas públicas de Buenos Aires y Montevideo. En 1813, por otro lado, como cuestión de orgullo personal y patriótico honor, el ciudadano Muñoz, español, vicario general del ejército de Montevideo, reaccionaba a la instrucción porteña del 27 de junio de 1812, por la cual, el nuevo Gobierno, adoptando las formas de la administración colonial, instó a recopilar datos sobre la naturaleza en las distintas jurisdicciones del antiguo virreinato. Se pretendía con ello propender a la observación de los reinos mineral, vegetal y animal en nuestro continente, “sin dudas hoy una de las más dignas ocupaciones de los Sabios de todo el mundo, que gozandose en el conocimiento y adquisición de los preciosos dones que no obstenta nuestra Madre Patria, no dejarían de mirar con asombro que le hallamos descuidado hasta aquí”. Estas instrucciones giradas a los comandantes de los distintos puestos, proponían el establecimiento de un museo que daría las disposiciones convenientes para el acopio de todas las producciones extrañas y privativas de ese territorio “dignas de colocarse en aquel depósito, exitando a los ciudadanos que las posean a que con ellas hagan un presente”. Se solicitaba también el envío de ideas acerca de cómo facilitar la adquisición de los productos de los territorios lejanos y su despacho por el correo libre del porte o cargado a la cuenta del Estado (Podgorny y Lopes, 2008).

Muñoz donó varios objetos y adquisiciones obtenidas para su uso particular a lo largo de “veinte años de diligencias costosas” (Muñoz, 1827). Entregó varios planos, diccionarios, el Tratado de Química de Lavoisier y la “Orictognosia de Windemann”; a estas obras se sumaban objetos de historia natural (una colección de conchas, zoófitos naturales, muestras minerales, grabados y estampas) e instrumentos (un microscopio, prismas y un termómetro). En su donación prometía el envío de otros trabajos (Cf. Zuretti, 1960. Documentos 169, 174, 181 y 182), que mandó en un baúl cuya llave entregó en septiembre de 1813 al bibliotecario de la Biblioteca Pública de Buenos Aires, Dr. Luis José de Chorroarín (1757-1823) y que en octubre se trasladó a la biblioteca, donde Dámaso Larrañaga ya notó la falta de algunos artículos (Podgorny y Lopes, 2008).

Las instrucciones y la reacción de los donantes muestran dos cosas: por un lado, la intención de constituir al museo como un lugar para acumular datos y productos del Plata; por otro, el papel central de los sacerdotes en la sociabilidad y la cultura coleccionista, modelada por instrucciones pero también al tanto de los avances de la historia natural, un fenómeno que se repitió a lo largo de la América española y sobrevivió hasta bien entrado el siglo XIX.

Mientras Muñoz, con celo patriótico, entregaba sus colecciones para el establecimiento de un museo que nunca abriría sus puertas, Larrañaga prefirió amargarse con las bibliotecas, organizando la lista de adquisiciones de acuerdo con sus propios intereses y a las necesidades de la clasificación y el perfecciona-

miento del “suntuoso templo al autor de la Naturaleza, para hacerme acreedor de que me reciba más benignamente en sus eternos tabernáculos”. Las colecciones de Segurola se mantuvieron en su patrimonio hasta su muerte, cuando los herederos las donaron al Museo Público de Buenos Aires, creado en 1823. Ambas colecciones –las de Larrañaga y Segurola– atraerían a todos aquellos, locales o visitantes, interesados en armar el pasado y futuro de estas regiones.

Segurola, Muñoz y Larrañaga recopilaban, leían, traducían y copiaban impresos y manuscritos. Segurola, como relataron Woodbine Parish (1796-1882) y Pedro de Angelis (1784-1859) –y hoy testimonian los documentos preservados en el Archivo General de la Nación–, acumuló y reorganizó un enorme corpus documental. Larrañaga, por su lado, extraía artículos de los numerosos libros que compraba: sus papeles abundan en extractos de la *Enciclopedia Británica*, el *Dictionnaire d'Histoire Naturelle*, la *Flora Peruviana y Chilense* de Hipólito Ruiz y José Pavón, la obra de Azara, Buffon, Lamarck, Cuvier o la edición 13.^a del Sistema Natural de Linneo, publicada entre 1788 y 1793 por Johann Friedrich Gmelin (1748-1803). Segurola y Larrañaga tenían especial predilección por las plantas, no solo por su admiración hacia la “estrella del Norte” sino también porque el mundo de los Borbones había sensibilizado a clérigos y farmacéuticos en las bondades del estudio de la materia médica vegetal americana y la posibilidad del fomento de la economía a través de los frutos vegetales del país. La *Flora Peruana* y las herborizaciones de los botánicos de la expedición de Alejandro Malaspina (1754-1809) llegaban a Buenos Aires no necesariamente en forma de libro: relatos y papeles se acumulaban y transcribían en las colecciones de los curas del Plata. Esa cultura copista, propia de la educación de los clérigos, modeló el estudio de la historia natural, donde los nuevos métodos de observación se combinaron con las prácticas de lectura y extracción de notas de los manuscritos e impresos. En ese marco, a pesar que la historiografía prefirió la versión del aislamiento rioplatense, Larrañaga en 1818 afirmaba: “estoy por consiguiente al nivel de la mayor parte de los últimos descubrimientos”.

Segurola organizó diversos tratados de historia natural en forma de diccionario. Larrañaga componía *tableaux*, cuadros clasificatorios de la zoología, la botánica y la mineralogía orientales. En las notas de Segurola, las distintas voces, ordenadas alfabéticamente en cuadernillos, permanecían abiertas a las numerosas novedades que se iban sumando con las nuevas lecturas. Larrañaga modificaba sus cuadros según la incorporación de nuevos especímenes. Ninguno de estos sistemas de anotación resolvió el problema de cómo agregar nuevos datos al papel sin tener que reiniciar el trabajo. La admiración por Linneo no incluyó la incorporación de las fichas, uno de los medios que este ideó para procesar la llegada de nueva información.

Muñoz y Larrañaga, por su lado, dibujaban y coloreaban sus observaciones. Muchas de las imágenes publicadas en el Atlas de los *Escritos de don Dámaso Larrañaga* (1928) pertenecían al primero. Pero, aunque Muñoz dibujara, Larrañaga, a distancia, le indicaba qué destacar. Ambos realizaban pruebas de color para transmitirse en papel los caracteres específicos de las cosas recolectadas del otro

lado del Río. Flores, insectos y aves revivirían en las tintas de los clérigos. Es decir, a través de los archivos virreinales y las publicaciones, Larrañaga estaba al tanto de los debates europeos e intervenía en ellos desde su chacra montevideana.

Desde 1808 se había abocado al estudio de la anatomía comparada y la clasificación de los mamíferos para elaborar un cuadro local sobre los peludos, combinando diversos sistemas con sus observaciones y las de Félix de Azara. Mientras tanto, dispuso sus colecciones en su chacra-museo, donde recibió a varios capitanes y naturalistas viajeros y argumentó sobre sus objetos más preciados. Estos visitantes se encargarían de difundir las opiniones del cura en círculos cada vez más amplios, informando a Berlín y París de las novedades del sabio rioplatense y mostrando que la cultura de la historia natural implica también una sociabilidad oral que no siempre queda fijada en la escritura. Las notas y las cartas contienen apenas indicios de esa oralidad que acumula cosas vistas, opiniones. Sin pausa, las conversaciones y lecturas llegaron y volvieron a partir a, y desde, Montevideo, Paysandú o Asunción, pasando por diferentes puertos y ciudades, donde, antes de continuar su camino, se les fueron adhiriendo otros significados y generaron debates mucho más allá de las paredes de una casa montevideana.

LOS CIRUJANOS DE LA INDEPENDENCIA

Jorge Gelman, hace varios años, se refirió al ingeniero militar español Pedro Andrés García como “un funcionario en busca del Estado”. García, radicado en el Plata desde el virreinato de Cevallos, en 1810 puso su pericia al servicio de los nuevos gobiernos. La expresión de Gelman condensa un hecho ineludible: los funcionarios locales de la administración española y los espías que decidieron ponerse al servicio de la Revolución sabrían reconocer que este tipo de acontecimientos generaba oportunidades para establecer nuevos vínculos con el poder emergente. Entre otros, los médicos Cosme M. Argerich, Francisco de Paula del Rivero, Cristóbal Martín de Montúfar, James Paroissien, Joseph Redhead, los ya citados presbíteros Saturnino Seguroola, Dámaso Larrañaga y Bartolomé Muñoz o el ingeniero García, constataron que la búsqueda de una nueva legitimidad no siempre resulta exitosa, sobre todo cuando los cambios y los conflictos internos asumen un ritmo para el cual el saber y la pericia técnica no parecen tener destinatario. Asimismo, la expresión de Gelman nos recuerda que el nuevo orden se establece con los actores del antiguo y, por ello, no debería sorprendernos que las prácticas de la burocracia colonial sobrevivieran a los cambios y discursos revolucionarios. Mientras el papel sellado carolino y fernandino siguió usándose hasta el año octavo de la libertad, las estructuras de gobierno, los funcionarios y técnicos de la colonia sobrevivirían mucho tiempo más, sea por las necesidades del gobierno, la capacidad de adaptación o la convicción revolucionaria de sus protagonistas. Como aquí sostenemos, los médicos, las instituciones y las prácticas médicas continuaron con pocas modificaciones las tradiciones coloniales

pero hicieron de la revolución un laboratorio para reformular sus vínculos con el poder.

Señalemos que desde 1779, el Protomedicato, con sede en Buenos Aires, se había erigido como la institución encargada de la salud pública y el control de los certificados médicos. Hasta 1803, 27 médicos y cirujanos tenían licencia para ejercer como tales en el área de influencia de esta capital virreinal poseedora de unos 40.000 habitantes. Varios médicos y cirujanos, militares del ejército o la marina española, habían aprovechado sus viajes para afincarse en las plazas donde se podían establecer desarrollando una copiosa clientela civil. Por lo general, al desertar alegaban los problemas de salud típicos de la vida en los barcos, cuyos síntomas conocían y podían imitar a la perfección. Las expediciones suministraban así la oportunidad de determinar dónde establecer una consulta y compensar, en la ciudad, los años embarcados.

La práctica de la medicina en Buenos Aires, como estos médicos sabían, era difícil de controlar desde Lima, Madrid o la Real Audiencia de Charcas, centros que, hasta la creación del Protomedicato local, administraron la medicina de las provincias del Tucumán y del Plata. A inicios de siglo, se propuso un programa para una carrera de medicina en seis años, basado en la renombrada escuela de Edimburgo, aquella donde luego, con el programa de la década de 1820, se formaría Charles Darwin y, antes, Joseph Redhead, el médico de las campañas de Belgrano y depositario póstumo del famoso reloj.

Los primeros cursos en medicina datan de 1801, a cargo del irlandés Michael O’Gorman (1749?-1819) y del español Agustín Eusebio Fabre (1729-1820). Este último, responsable del curso de cirugía, en 1802 fue reemplazado por Cosme Mariano Argerich (1756-1820). O’Gorman había estudiado en Reims y París, desempeñándose como médico en Madrid fue nombrado miembro del cuerpo de sanidad militar de la expedición a Argelia en 1774; dos años más tarde se embarcó en la expedición de Santa Catalina al recientemente establecido Virreinato del Río de la Plata. Se asentó en Buenos Aires donde adquirió reputación atendiendo a las familias más importantes de la administración colonial. Fabre, por su parte, había recibido su entrenamiento como cirujano en el Real Colegio de Cádiz y luego fue contratado por la Real Armada Española. Se desempeñó en los barcos que viajaban a las Filipinas y a Perú, y llegó a Montevideo en 1774, donde desertó para asentarse en Buenos Aires y adquirir una abundante clientela civil y eclesiástica. Por otro lado, Argerich, hijo criollo de un médico catalán, estudió en la universidad de Cervera en Cataluña, de donde regresaría a Buenos Aires en 1784 ejerciendo como médico de policía, secretario y conjuer examinador del protomedicato. Tanto Fabre como O’Gorman hubieron de enfrentar varios y sucesivos conflictos con la administración colonial, dado el abandono del primero a sus obligaciones y a la “nacionalidad extranjera” del segundo. No obstante, dada la falta de profesionales –fenómeno repetido en los años revolucionarios– lograron la protección de los virreyes, quienes defendieron su buen nombre y lograron cargos oficiales para ellos.

Sin embargo, el estudio de la medicina en el Plata no lograba atraer interesados: en 1804, la segunda camada constaba de cuatro inscriptos y en 1807 y 1810 los cursos se cerraron por falta de matrícula. En 1812, la escuela tenía un total de tres estudiantes a punto de graduarse y practicando en el ejército. Las aulas se transformaron en depósitos de materiales bélicos y, en mayo, el Gobierno canceló los pagos de los profesores hasta que estos gastos pudieran demostrar su utilidad. En diciembre, el Triunvirato nombró una comisión para establecer un colegio de ciencias a costearse con los fondos del San Carlos y del Seminario Conciliar, instituciones que, según los nuevos planes, debían fusionarse o desaparecer.

Cosme M. Argerich, propuso, en cambio, un plan para organizar estudios de medicina y, en un marco de guerra en expansión, unió la enseñanza de la medicina a las necesidades sanitarias del ejército revolucionario y “a las fibras más hondas de la juventud”. Alberto Palcos señaló que Argerich vio allí el único medio de asegurar la supervivencia de la escuela de medicina, vinculándola al ejército y, a la vez, logrando para ella el estatuto militar. En mayo de 1813, la Asamblea estableció al Instituto Médico bajo su dirección y, el 14 de junio, se le otorgó carácter militar. En abril de 1814, los profesores daban el Reglamento estableciendo la organización del Instituto y del Cuerpo de medicina militar. El programa del Instituto comprendía seis años: Anatomía y fisiología en el primero; patología general, semiótica, elementos de química farmacéutica, terapéutica y materia médica en el segundo; un tercer año dedicado a cirugía patológica, el cuarto a enfermedades internas y el quinto, a enfermedades de los huesos, partos y medicina legal. El sexto año se dedicaba a las prácticas. Los profesores continuaban siendo los de la escuela colonial: Montúfar, Fabre, Argerich, con los conocimientos, pautas de descripción de la enfermedad y maneras de operar de las escuelas europeas del siglo XVIII.

Los profesores señalaban el principal problema que habrían de enfrentar: los médicos no querían enrolarse en el ejército y, aún cuando fuera obligatorio, recurrirían a todos los recursos imaginables, incluyendo la simulación de los síntomas de distintas enfermedades. Invocando esas razones, atentos al creciente prestigio y la movilidad social de los oficiales, los profesores propusieron se les concediese el rango y las promociones militares, con salarios acordes a la jerarquía. También diseñaron el uniforme, caracterizado por vivos de terciopelo y ojales de oro, cuya cantidad variaba según el grado alcanzado. Este uniforme, que contrastaba con las sugerencias sobre la higiene militar, parecía seguir, en cambio, el modelo establecido por la administración española. En mayo, el presidente del Consejo del Estado desechó esta propuesta alegando que el estatus militar era un mero pretexto para obtener honores, premios y privilegios para los profesores del instituto. El Gobierno pidió, en cambio, se desarrollaran el programa, las obligaciones de los profesores, el plan para organizar la sanidad militar y mejorar los hospitales civiles y militares: el Instituto debería proveer cirujanos al ejército revolucionario y asesorar al gobierno respecto de la higiene de la tropa, la invalidez de los hombres afectados por la guerra y la carga que ello significaba para el Estado una vez instalada la paz. Las propuestas de abril de 1814 para

atraer estudiantes y retenerlos al servicio del ejército enfatizaban agudamente en los aspectos simbólicos como los ornamentos del uniforme y en la mejoría social ligada al sueldo fijo del empleo estatal. Tulio Halperín Donghi, recordemos, subrayó que el mismo gobierno revolucionario también se había ocupado de la reforma de los uniformes militares sin respetar aquel espíritu de simplicidad republicana impuesto a los cuerpos civiles del gobierno y creando, así, una nueva situación de excepción.

Los conflictos por obtener el privilegio del uniforme militar para los médicos se inscribe en este problema y también en las estrategias de los profesores para lograr visibilidad y honores en el nuevo orden. Recordemos, en la década de 1810 abundan los conflictos de autoridad en el gobierno, en el ejército y también entre el Instituto y el Protomedicato, hasta 1816 a cargo de O’Gorman: nombramientos que pasan por encima de la voluntad del Cirujano Mayor de los Ejércitos Nacionales, alumnos del Instituto que prefieren terminar sus estudios examinados por la autoridad civil, oficiales –como San Martín– que arreglan por sí mismos la sanidad militar de sus tropas o que desconocen el grado militar de los cirujanos.

Frente a la prohibición de incorporar extranjeros y peninsulares impuesta por el Directorio, el Instituto empezó a demostrar el poco interés que despertaba la cirugía militar, considerada una práctica de bajo valor social. La condición de “nacido en América”, decía Argerich en 1819, la reunían solo tres profesores. Su hijo, Francisco Cosme, cirujano del ejército, por ejemplo, había nacido en Cataluña. Los demás cirujanos de Buenos Aires tenían cargos fijos y se encontraban exentos de ser incorporados, o sufrían enfermedades, o se trataba de septuagenarios, o eran simplemente ineptos para cuidar “la apreciable vida de los beneméritos defensores de la patria”. Quizás por eso, hacia septiembre de ese año, el Directorio solicitaba al Director –y este al Protomédico Justo García Valdés– una lista de los cirujanos extranjeros presentes en la ciudad para servir en los ejércitos nacionales.

La aversión a ser reclutado como cirujano muestra que el ejército no parecía ser el destino más deseado por los jóvenes médicos, aparecía, en cambio, como una tarea que los sometía a la permanente experiencia de la muerte y a la posibilidad de causarla. Los diplomados, los estudiantes y los antiguos cirujanos de los hospitales betlehemitas evitaban por todos los medios prestar servicios en la guerra a través de influencias oficiales o excusaciones ficticias. Las solicitudes de licencias y pedidos de excepción invocando motivos de salud abundan en los legajos del Archivo General de la Nación. En esto, los médicos no diferían demasiado de los campesinos o de los hombres de la ciudad arrastrados al campo de batalla. La única diferencia radicaba en poder simular con precisión los síntomas de las enfermedades aducidas. La doctrina de la medicina militar consideraba que la guerra y las personas afectadas constituían una de las causas más importantes de enfermedad; sin embargo olvidaba mencionar que el temor de los hombres del común o del médico de tropa a ser enrolado generaba otras enfermedades cercanas a la hipocondría. Las necesidades de la guerra pudieron servir para justificar la supervivencia de la escuela de medicina pero no lograron interesar a

los jóvenes en un ejército cuyos mandos y oficialidad estaban, además, divididos según facciones políticas y, a veces, sin saber definir quién era el enemigo.

Así, en octubre de 1819, el ciudadano Victorino Sánchez, natural de Buenos Aires, alumno del Instituto Médico Militar, seleccionado para marchar al Ejército del Tucumán, interponía un recurso exponiendo las razones para excusarse: una constitución física propensa al chucho (paludismo) se sumaba a la carencia de los conocimientos necesarios por no haber concluido su carrera, faltándole algunos tratados de la medicina. Por eso subrayaba: “no soy un facultativo, sino un mero alumno”. Había más motivos para no partir: representaba la única subsistencia de unos padres ancianos y su escasa fortuna no les socorrería en su ausencia. Estas aflicciones se resignaban frente a la voluntad del Gobierno siempre y cuando se cumpliera una condición. Sánchez, en el caso de rechazarse sus razones, solicitaba se le ordenara al Instituto le otorgara “los despachos correspondientes de haber practicado y concluido las dos facultades en toda forma; y no habilitación como quiere el Director de la Cátedra; pues esto sucedió con otros compañeros, que a la buelta de la campaña le recogieron la habilitación y tubieron que principiar a practicar anuebo; pues si estoy capaz de desempeñar esta comisión; también lo estaré de obtener los despachos que me corresponden como a cualquier facultativo”.

Frente al pedido de Sánchez, Cornelio Saavedra, Brigadier en Jefe del Ejército, pedía informes al Director del Instituto: se temía aventurar a la poca experiencia de los facultativos la vida preciosa de los guerreros de la Nación. El 5 de noviembre Argerich contestó indignado. Celebraba un descubrimiento admirable y original, “pues hasta ahora ningún Autor nos há manifestado, qüal es esta disposición para una enfermedad que solo se contrahe por contagio ya de un infectado, ya del aire que nos circunda”. Aclaraba que Sánchez podía desempeñarse como cirujano segundo, bajo la inspección de un primero, agregando: “si se halla incapaz de encargarse de la salud de sus semejantes ¿cómo tiene la criminal impavidez de asistir ya hace dos años à quantos enfermos lo solicitan (y que son bastantes), siendo según se deduce de su mismo dicho un inhumano asesino que impunemente ataca la vida de sus con-ciudadanos? Esto, Señor, merece una serie reflexión, y al mismo tiempo un riguroso castigo”. Resulta curioso que Argerich denunció esta irregularidad solo cuando Sánchez se negó a ir al ejército. No sería venturoso suponer que el castigo consistiera en mandarlo al Tucumán y, así, despojarlo de su clientela civil. Argerich continuaba: “Asegura que no ha concluido su carrera: esta es una impostura intolerable. El reglamento previene que el curso debe completarse en seis años; y él ya los tiene cumplidos. Es una malicia refinada decir que le faltan algunos tratados: ha dado en toda su extensión la medicina y cirugía theorica y práctica: solo le resta el tratado de partos, y como no se va a los ejércitos a partear, se ve bien la clase de malicia de esta excusa; y mucho mas, quando la asignatura de partos se ha juzgado inútil darla, no teniendo las máquinas y modelos necesarios que por la escasez del erario no se han podido formar un establecimiento para mantener mugeres en el acto del parto”. Con ello Argerich sugería que el plan de estudios no se cumplía y, por lo tanto, los

estudiantes podían revalidarse y ejercer –aún atender a parturientas– sin cursar una cátedra “innecesaria”. La vacancia de profesor, modelos de enseñanza y de un establecimiento para las mujeres no solo desobedecía el mandato de 1814: los ejércitos estaban, en realidad, poblados por mujeres que acompañaban a la tropa. Argerich enfatizaba que el año anterior había convocado a examen final, pero que los estudiantes “a una voz me contestaron que no se hallaban capaces de verificarlo, quando me constaba, como que era su actual maestro, que no solo podían dar exámenes regulares, sino sobresalientes. Pero supe por informes reservados y exactos que habían formado este complot, para que no se les obligue a revalida, y de este modo eludir la salida a los ejércitos a servir una Patria que les ha dado de gratis estudios tan brillantes y costosos. ¡Que patriotismo!”.

Saavedra sentenciaría en el mismo tono: acusaba a estos jóvenes de un crimen e insistía en la deuda contraída con el Gobierno al obtener los conocimientos de manera gratuita que “no dexan de emplearlos en beneficio suyo, quando los ocupan los enfermos del Pueblo. Hoy que el Estado los necesita se acogen a una ignorancia que no tienen y a una falta de títulos que no ha sido un obstáculo para ejercer su profesión hasta la fecha. Es bien triste, en la necesidad de nombrar cirujanos Americanos, que solo tres que hay revalidados, entren eternamente en terna para salir a cualquier ejército, quando ya han hecho Campañas y están cargados de obligaciones”. Saavedra, de esta manera, equiparaba las necesidades del Estado con el ejército y reclamaba una deuda abierta, sin admitir que el Instituto –al hacerse militar– había creado un problema insoluble: los jóvenes no estudiaban por una gloria que no obtendrían en la guerra, sino por la posibilidad de profesar en la ciudad.

Como se ve en los legajos del Archivo General de la Nación, Argerich recomendaba estudiantes que todavía no habían terminado sus reválidas apelando a las facultades de su empleo y habilitando –por fuera de las normas del Protomedicato– a ejercer la medicina en el cuerpo de destino. Pero, como destacaba Sánchez, al volver –si volvían– seguían siendo considerados “alumnos” y debían practicar antes de ejercer. De alguna manera, el Instituto o el ritmo impuesto por la necesidad de cirujanos en los ejércitos, desarrolló un mecanismo que llevaría a producir estudiantes pero no facultativos. Sea por enviarlos sin la reválida, sea porque los estudiantes descubrieron que dilatar los exámenes los salvaba de la frontera o de las campañas revolucionarias, el Instituto produjo más alumnos permanentes que graduados al servicio de la Nación. No olvidemos que un caso similar, mucho más célebre, lo encarna Francisco X. Muñiz, otro estudiante del Instituto Médico, quien logró postergar sus exámenes alegando una salud calamitosa. Las irregularidades de los profesores y de los estudiantes, similares a las esgrimidas por los médicos coloniales –es decir, sus maestros–, se transformarían en uno de los motivos de la supresión del Instituto Médico Militar.

Dos años después las instituciones coloniales y revolucionarias empezarían a disolverse: entre 1821 y 1822, además de suprimirse los Cabildos, el Protomedicato fue reemplazado por el Tribunal de Medicina como órgano civil para revalidar los títulos. En el marco de las reformas de Martín Rodríguez o la “formidable

liquidación de las estructuras políticas de la década de 1810” –como la llamaría Luis A. Romero– se cerró en septiembre de 1821 el Instituto Médico. Un mes antes se había creado el departamento de Medicina de la nueva Universidad de Buenos Aires y ese año se instalaba la Academia de Medicina. El instituto no sobrevivió pero muchos de sus profesores se reacomodaron a las nuevas circunstancias. Y aunque por un tiempo Francisco C. Argerich, Francisco de Paula del Rivero y Cristóbal de Montúfar fueron acusados mutuamente de extranjeros y oportunistas, promoviendo –con relativo éxito– el cierre de las instituciones existentes para acomodarse en las nuevas, el tiempo y los biógrafos, que todo lo borran, lograron apagar “el furor de las pasiones que engeguece a los hombres y los conduce al precipicio” para que Mayo pudiera resplandecer como el sol de la nueva Nación.

PRÁCTICA DE LA MEDICINA, IMPOSTORES E HISTORIA NATURAL

En 1812, John Mawe (1764-1829), comerciante inglés de piedras y metales preciosos, publicaba su descripción de la vida social en el Río de la Plata en los años de las invasiones inglesas. Mawe, mientras estuvo prisionero en Montevideo, se encontraba con Larrañaga para coleccionar moluscos fósiles. Más tarde, ya en Londres, le enviaría libros que el presbítero agradecería con muestras mineralógicas. Mawe, quien se sorprendió por la sociabilidad erudita de estos prelados católicos, no llegaría a ver los cambios acarreados por la independencia ni el arribo de una serie de médicos estadounidenses y británicos instalados en las provincias para servir en los ejércitos revolucionarios y reclutados para la movilización de datos y objetos de historia natural. Como Readhead, el médico de Belgrano, un devoto recopilador de datos meteorológicos. O William Colesberry, médico de Filadelfia, radicado en Mendoza y colaborador de la sanidad de los ejércitos de San Martín. Colesberry, en uno de los viajes a su ciudad de origen, donó algunos fragmentos de pichiciegos recolectados en los Andes al Museo del señor Peale, los primeros, de hecho, en figurar en una colección zoológica. De regreso, traería más médicos para radicarse en las provincias del Plata; entre ellos a Aram Rawson, padre de Guillermo Colesberry Rawson, el renombrado higienista. Más tarde, ya en la década de 1820, en 1828 y gracias a los oficios del médico escocés John Gillies (1792–1834), un segundo espécimen de pichiciego conservado en alcohol llegaba desde Mendoza a las colecciones del hemisferio norte. Gillies, médico de la marina británica, se encontraba en las provincias de Cuyo con permiso para recuperarse de una afección pulmonar aguda. Como han indicado sus biógrafos, a la vez que postergaba cada vez más su licencia y hacía méritos para obtener el cargo de vicecónsul británico en Mendoza, aprovechó la estadía en estas regiones para realizar y despachar a Inglaterra varias colecciones botánicas, enseñar a botanizar a varias damas mendocinas –tan dadas a las labores manuales– y realizar observaciones sobre los caminos prehispánicos y coloniales de los Andes.

John Mawe tampoco vería a los exiliados franceses quienes, empujados a estas costas por los sucesos europeos, empezarían a trabajar para los nuevos

gobiernos junto a los clérigos ilustrados y los antiguos ingenieros militares españoles que permanecieron aún después de la disolución de la administración colonial. Además de Bonpland y otros nombres que la historiografía ha celebrado —como el agrimensor Narciso Panchappe, un politécnico de París llegado a Buenos Aires en 1818 y dispuesto a hacer fortuna con la destilación del licor—, la historia de la Independencia muestra que la impostura no era un rasgo exclusivo de los médicos de Buenos Aires. Así, en 1821, el francés Juan José Dauxión Lavaysse (1775-1829) fue encomendado por Bernardo O'Higgins para que fundase un museo de historia natural y un jardín botánico en Santiago de Chile, nombramiento que obtuvo el 22 de mayo de 1822. Dauxión Lavaysse había viajado por las Antillas francesas, Trinidad, Tobago y Venezuela y había discurrido sobre las formaciones geológicas de estas regiones (ver: Dauxión Lavaysse, 1967 y Amodio, 2010). Su obra *Voyage aux îles de Trinidad, de Tabago, de la Marguerite et dans diverses parties de Vénézuéla, dans l'Amérique méridionale* (París: F. Schoëll, 1813), un tratado traducido al alemán (1816) y al inglés (1820), recién aparecería en castellano en 1967. Allí, en la introducción, como relato autobiográfico, Dauxion cuenta las circunstancias que le impidieron formarse en historia natural tal como hubiese deseado, aclarando: “No soy un naturalista sino un aficionado a la Historia natural. Las personas interesadas en la historia natural de esta parte del Nuevo Mundo deben leer a Humboldt, Azara y Le Blond” (p. XXIV). Según la reconstrucción que haría de su vida, su primer viaje a las Antillas francesas tuvo lugar en 1791 en busca de sus padres que, sin embargo, al morir súbitamente, lo dejan sin protección. Llega a Trinidad como militar en 1792, luego de los sucesos de Santo Domingo, para continuar durante los cuatro años siguientes por las colonias de las dos Américas, Escocia, Irlanda e Inglaterra. Regresado a Trinidad en 1799, para 1806 se encuentra en Cumaná y, en 1807, en Guadalupe, de donde parte a los Estados Unidos. Su saber sobre el Nuevo Mundo procede de ese derrotero pero, sobre todo, de la ayuda del bibliógrafo Joseph van Praet, bibliotecario de la biblioteca imperial de París, considerado en su época un “catálogo viviente”. Allí, en la biblioteca parisina, aprende quiénes son los autores, las autoridades y tópicos que es necesario citar, así como entra en conocimiento con la obra de Geoffroy Saint-Hilaire sobre los murciélagos y las colecciones de zoología y anatomía comparada del *Muséum* de Historia Natural de París. Entre 1814 y 1815 actuó en Santo Domingo y Haití (Barros Arana, 1876: 6-20), no como exiliado napoleónico sino como comisionado del rey Luis XVIII. Al regresar a Francia, sin embargo, se plegó al gobierno de los 100 días de Napoleón y, luego de la derrota de Waterloo en 1815, pasó a los Estados Unidos, donde se radicó en Nueva York en 1816. Es allí donde conoce al general chileno José Miguel Carrera y le promete comprometerse con la causa de la independencia. Lavaysse, según Gargaro, se embarca en la corbeta Clifton con el resto de los reclutados franceses, partiendo de Baltimore y llegando a Buenos Aires en febrero de 1817.

En Buenos Aires, Lavaysse se ocupó de denunciar a su jefe frente al Director Juan Martín de Pueyrredón y a la comunidad internacional, acusándolo de “impostor, indiscreto y atolondrado, palabras que más tarde volverían para

usarse en su descripción. Interesado en unirse a San Martín, este lo rechazó y fue destacado, en cambio, en el ejército de Manuel Belgrano que se encontraba en Tucumán, donde dirigió la Academia de Matemáticas y Militar creada por el jefe del Ejército del Norte. A su paso por Santiago del Estero, contrae enlace con una señorita de una distinguida familia local, suceso por lo que se lo acusa de bigamia. Instalado en la sociedad local, con carta de ciudadanía obtenida gracias a su matrimonio, inicia su vida facciosa en la región poniéndose al servicio de distintas causas hasta que, en 1821, junto con Bonpland, encuentra la oportunidad de ofrecerse al gobierno de Chile como naturalista. O'Higgins eleva entonces una nota con fecha 2 de agosto: "Varios individuos amantes del país me han insinuado lo útil que sería atraer hacia nosotros a dos sabios extranjeros que también desean venir. Son estos Mr. Bonpland y Mr. J. J. Dauxión Lavaysse asilados ambos en las provincias de Buenos Aires, cuyas divisiones intestinas los tenían disgustados. Mas, como no han de dejar la subsistencia poca o mucha que tengan, por venir de aventureros, sin seguridad de otra mejor, tengo el honor de proponer a V.E. se les invite a su traslación asignando al primero mil doscientos pesos anuales y mil al segundo mientras aquí permanezcan, ofreciéndoles tierras para ubicarse y que el gobierno les dará destino análogo a sus conocimientos. Si V.E. aprueba esta idea aún convendrá librarles alguna cantidad para que costeen su traslación y esto les hará conocer que en oferta no es puramente nominal. Excuso exponer a V.E. los conocimientos en que abundan estos dignos extranjeros, pues son demasiado públicos sus obras, son aquí leídas con utilidad y placer. Esta clase de hombres es la adquisición más apreciable para un Estado: trasladan en cierto modo hacia nosotros la ciencia y las artes de los países cultos. Sigamos el ejemplo de las grandes naciones que se han llevado pagando grandes sueldos y pensiones a los talentos e ingenios de obras para atraerlos. Aún cuando sus conocimientos no se difundieran aquí, siempre nos serían ventajosos porque a veces bastan las producciones de un hombre sabio para libertar a un pueblo de la nota de inculto, con ello habrá que tomar lecciones de Historia Natural, de Botánica, Química, Mineralogía, Matemáticas, Economía y de aquella extensión de facultades en que ellos sobresalen. Las preciosidades de este reino empezarán a conocerse y nuevas riquezas nos librarán de apuro y entonces serán nuestro Estado verdaderamente independiente". El Senado, ante la falta de fondos, no aceptó la proposición hasta diciembre, merced a la cual Lavaysse pasó a Chile dejando a su esposa y cinco hijos en Santiago del Estero.

Su alegada formación, su carrera en los ejércitos revolucionarios y sus publicaciones convencieron de su idoneidad al Director Supremo chileno como antes al abogado del Plata. Sin embargo, nunca cumplió con lo solicitado por lo que la historiografía ha insistido en su inoperancia o, incluso, en su mala fe (sobre Dauxión Lavaysse en el Río de la Plata y el Tucumán, ver Gargaro, 1943 y Morea, 2013). Andrés Bello vería en él a un mentiroso y un maniático, ingenioso, de trato ameno, capaz de engatusar a cualquiera con su instrucción más que superficial. La historiografía y algunos contemporáneos prefirieron ver allí una polémica vinculada a la traición carrerista pero, lo cierto es que, más allá de la polémica, estas

críticas muestran las expectativas despertadas por la descripción de la naturaleza, el establecimiento de un museo de historia natural y la emergente alianza entre la política de facciones y la posibilidad de evaluar el saber: Dauxión Lavaysse, que en 1813 se declaraba un “amateur”, casado y padre de familia, una vez en el Río de la Plata se reinventa como naturalista y geólogo al servicio de los ejércitos y gobiernos pero también como un hombre soltero, disponible para casarse con las damas del país (cf. Morea, 2013). Si como relata Morea (2013), su caso generó denuncias propagadas por sus enemigos políticos, aquí surge un problema interesante: la credibilidad y confiabilidad de sus afirmaciones no va a atarse al análisis de los datos sino a la toma de partido según la facción en la que se enrola uno u otro contrincante. En este sentido, el caso de Dauxion Lavaysse nos muestra todas las limitaciones de una historiografía que sigue fijada a las fronteras y a las facciones del siglo XIX. Lo cierto es que Dauxión Lavaysse moriría en América del Sur luego de haber vivido una vida itinerante a ambos lados del Atlántico y del Ecuador (Morea 2013).

El caso de Dauxión Lavaysse no será ni el primero ni el último: los estafadores y la mentira itinerante o sedentaria aparecen una y otra vez en la historia del largo siglo XIX, ese que se inicia con el ciclo de las independencias y abre las compuertas de la aventura americana. Impostores o no, todos ellos están anudados por las cadenas que la experiencia individual destruye. Una vez pasado ese umbral se hace evidente que determinados individuos viven viajando y repitiendo historias en cada pueblo que visitan y al que nunca vuelven, pero también que estos mentirosos, y los que no lo son, son parte de un sistema de comunicación y transmisión de conocimiento que habla y actúa por y a través de ellos. Lo que dicen es de algún modo irrelevante, meras banalidades del sentido común de la época que, como las que O’Higgins quiere escuchar sobre la naturaleza de Chile y que Lavaysse aprendió a repetir para conformar a damas y caballeros. Contrariamente al tópico que afirmaba que el estudio de la naturaleza libraba a los pueblos de los conflictos de la sociedad, el caso de los impostores al estilo del General Lavaysse muestra cómo el lenguaje de la naturaleza se conforma según las lógicas de las alianzas políticas.

Lavaysse, Larrañaga, Bonpland y los cirujanos militares no están aquí para reflexionar sobre ellos, sus verdades o mentiras. Sus vidas cruzadas y modeladas por los discursos sobre la naturaleza dan indicio de cómo los vínculos entre política y saber son mucho más complejos que los retratos anquilosados de las vidas y glorias de los sabios en los albores de la Patria. Ojalá que los 200 años transcurridos nos enseñen que la historia no tiene héroes.

AGRADECIMIENTOS

Agradezco la ayuda de Diego Aufiero y del Instituto Max Planck en Historia de la Ciencia por la ayuda en la obtención de la bibliografía. Este trabajo forma parte

del PIP CONICET 0153 (2014-2016). Las primeras versiones del mismo fueron leídas por Margaret Lopes y Fernando Bedoya, cuyos comentarios agradezco.

BIBLIOGRAFÍA (SELECCIÓN)

ALGORTA, Camusso Rafael, *El Padre Dámaso Antonio Larrañaga. Apuntes para su Biografía*, Montevideo, 1922.

AMODIO, Emanuele, *La casa de Sucre. Sociedad y cultura en Cumaná al final de la época colonial*, Caracas, Archivo General de la Nación, 2010.

BARROS ARANA, Diego, *Don Claudio Gay, su vida i sus obras: Estudio biográfico i crítico*, Imprenta Nacional, Santiago de Chile, 1876.

BELL, Stephen, *A Life in Shadow. Aimé Bonpland in Southern South America, 1817-1858*, Stanford Univ. Press, Stanford, California, 2010.

BELTRÁN, Juan R., *Historia del Protomedicato de Buenos Aires: Estado de los conocimientos sobre medicina en el Río de la Plata, durante la época colonial. Los galenos españoles y los magos o curanderos indígenas. Antecedentes históricos y legales de la fundación del protomedicato y de la Escuela médica de Buenos Aires*, Buenos Aires, El Ateneo, 1937.

BLINN REBER, Vera, *British Mercantile Houses in Buenos Aires, 1810-1880*, Cambridge, MA: Harvard University Press, 1979.

BONPLAND, Aimé, *Description des plantes rares cultivées a Malmaison et a Navarre*, París: P. Didot l'aîné, 1813 [i.e., 1812-1817].

CAMACHO, Horacio, *Las ciencias naturales en la Universidad de Buenos Aires: estudio histórico*, Buenos Aires, EUDEBA, 1971.

CANTÓN, Eliseo, *La Facultad de Medicina y sus Escuelas*, Buenos Aires, 1921.

CIGNOLI, Francisco, *La sanidad y el cuerpo médico de los ejércitos libertadores. Guerra de la independencia (1810-1828)*, Rosario, 1951.

COOK, Harold, *Matters of Exchange: commerce, medicine, and science in the Dutch Golden Age*, New Haven, Yale University Press, 2007.

DAUXIÓN LAVAYSSE, Juan José, *Voyage aux îles de Trinidad, de Tabago, de la Marguerite et dans diverses parties de Vénézuéla, dans l'Amérique méridionale*, París: F. Schoëll, 1813. (*Viaje a las islas de Trinidad y Tobago; Margarita y diversas partes de Venezuela en la América Meridional*, Caracas, Ediciones del Rectorado de la Universidad Central de Venezuela, 1967).

GARGARO, Alfredo, *El general Juan José Dauxión Lavaysse*, Tucumán, La Raza, 1943.

GELMAN, Jorge, *Un Funcionario en busca del Estado: Pedro Andrés García y la cuestión agraria bonaerense, 1810-1822*, Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes, 1997.

- GRAHAM-YOOLL, Andrew, *The Forgotten Colony: A History of the English-Speaking Communities in Argentina*, Buenos Aires, LOLA, 1999.
- HANON, Maxine, *Diccionario de Británicos en Buenos Aires*, Buenos Aires, GuttenPress, 2005.
- HICKEY, Donald R., "The War of 1812: Still a Forgotten Conflict?", *Journal of Military History* 65, n.º 2 (2001): 741-69.
- Escritos de don Dámaso Antonio Larrañaga*, Montevideo, Imprenta Nacional del Instituto Geográfico e Histórico del Uruguay.
- LOPES, Margaret, *O Brasil descobre a pesquisa científica. Os Museus e as ciências naturais no século XIX*, São Paulo, Hucitec, 1997.
- MAÑÉ GARZÓN, Fernando, *El Glorioso montevidiano. Vida y obra del Doctor José Manuel Pérez Castellano (1742-1815)*, Montevideo, 1998-2003.
- MAWE, John, *Travels in the Interior of Brazil, Particularly in the Gold and Diamond Districts of that Country, by Authority of the Prince Regent of Portugal: Including a Voyage to the Rio de La Plata, and an Historical Sketch of the Revolution of Buenos Ayres*, London, Longman, Hurst, Rees, Orme, and Brown, Paternoster-Row, 1812.
- MÍGUEZ, Eduardo, "Dossier. Guerra y orden social en los orígenes de la nación argentina, 1810-1880", *Anuario IEHS* 18, Tandil, Universidad Nacional del Centro, 2003.
- MOREA, Alejandro, "Matrimonio y algo más. Vínculos y estrategias en la construcción de carreras políticas de los oficiales del Ejército Auxiliar del Perú, 1810-1830", en Lanteri, Ana Laura (ed.), *Actores e Identidades en la Construcción del Estado Nacional (Argentina, siglo XIX)*, Buenos Aires, Teseo, 2013, pp. 27-62.
- MUÑOZ, Bartolomé, "Artículo remitido", *Crónica política y literaria de Buenos Aires*, n.º 29, 1827.
- OCAMPO, Emilio, *La última campaña del Emperador Napoleón y la Independencia de América*, Buenos Aires, Claridad, 2007.
- PALCOS, Alberto, *Nuestra Ciencia y Francisco Javier Muñiz. El sabio. El héroe*, Universidad Nacional de La Plata, 1943.
- PODGORNY, Irina, "Las rutas del saber: El tráfico de manuscritos iberoamericanos en la primera mitad del siglo XIX", en Lopes, M. M. and Heizer, A. (eds.), *Coleccionismos, prácticas de campo e representações*, Paraíba, EDUEPB, 2010, 47-60.
- "La Revolución de Mayo y la medicina. Los cirujanos de la guerra", *Ciencia Hoy* 20, 64-69.
- "De los sapos, curas, culebras, tipógrafos e ingenieros. La historia natural y la burocracia del saber en la América meridional, 1790-1840", en Loreley El Jaber y Cristina Iglesia, *Historia Crítica de la Literatura Argentina*, Buenos Aires, Emecé, 443-462.
- PODGORNY, Irina y LOPES, M. Margaret, *El desierto en una vitrina. Museos e historia Natural en la Argentina, 1810-1890*, Mexico, Limusa, 2008.

- ROLDÁN VERA, Eugenia, *The British Book Trade and Spanish American Independence: Education and Knowledge Transmission in Transcontinental Perspective*, Londres, Ashgate, 2004.
- DI STÉFANO, Roberto, *El púlpito y la plaza: clero, sociedad y política de la monarquía católica a la república rosista*, Buenos Aires, Siglo Veintiuno, 2004.
- ZURETTI, Juan Carlos, "Documentos eclesiásticos de la época de la revolución existentes en el Archivo General de la Nación", en *Archivum*, vol. 4, 1960, pp. 297-370.